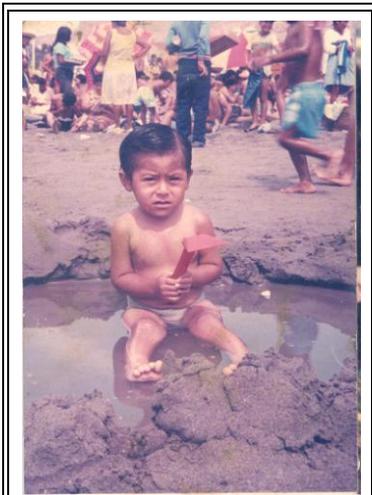


De terror y de sombras

Patricia Wiese

Barrios Altos y La Cantuta son los casos que pueden poner al ex presidente Fujimori entre rejas. La mayoría de peruanos conocemos trozos de lo ocurrido, versiones entrecortadas, imágenes dolorosas, pero hay todavía mucho por develar. Lo que sigue es una reconstrucción, a partir de dos historias que no se han contado.

I. El Niño de los Barrios Altos



Javier Ríos Rojas

Me llamaba Javier Ríos Rojas y tenía ocho años. Nací en un callejón de un solo caño, al costado del desagüe, una especie de acequia hedionda que corría paralela a la puerta de mi casa de dos habitaciones. Cada vez que se atoraba, el agua sucia se metía por debajo de la puerta. Entonces mi madre salía desesperada con un alambre y hacía lo imposible para que la cochinidad siguiera su curso. Como era un tubo de fierro y estaba carcomido, las ratas aprovechaban para escaparse y correr libres como el viento. Mis hermanitas eran pequeñas y yo vivía espantándolas, con el permanente temor de que pudieran morderlas.

También podría decir que los techos se desmoronaban, pero eso no molestaba tanto a mis padres. Hablo mucho del desagüe porque fue el causante del infortunio que terminó con mi vida.

En ese entonces el único recurso popular que permitía juntar rápidamente una chanchita era la pollada, de la que mis padres se volvieron expertos organizadores. Iban a cambiar ese tubo roto sí o sí.

Unos meses antes, en el jirón Huanta, hubo una gran pollada bailable que hubiera terminado con olores y roedores, de no ser porque la tesorera hubó con lo recolectado y no supimos más de ella. La de noviembre fue

pensada como una actividad modesta, para unos pocos conocidos. Mi padre repartió diez tarjetas por vecino y recuerdo que la mayoría recogió su porción de pollo macerado en achiote y ají panca y se marchó. Por eso cuando los señores armados entraron solo encontraron a mi padre, a sus trece amigos y a mí.

El 3 de noviembre fue un día soleado y salí muy limpio luego de haberme bañado a cubetazos con el agua fría del único caño que nos honraba en esa cuadra ocho del jirón Huanta. Llevaba gaseosas y helados para vender en la Plaza Italia, que era como mi segundo hogar. Todas las ambulantes me conocían. Yo las ayudaba a cargar sus bultos. Ellas fueron las que me acompañaron el día de mi velorio.



Rosa Rojas en la plaza italia



Esa tarde mi madre se quedó macerando los pollos. Vendía chicharrón de coco y yucas en invierno, y helados D'onofrio en el verano. Mi padre era heladero y le daban una carretilla amarilla, al igual que a cinco de sus amigos, acribillados en el patio de nuestro callejón.

Me gustaba vender. Decían que era gracioso. Una vez vendí una bolsa entera de rines. "Rin con yapa", le decía a la gente, y todos me compraban. También me gustaba cocinar. En las mañanas mi madre me dejaba las instrucciones y yo hacía sopa con bastante fideo. Después de eso todavía me quedaban fuerzas para participar en cuanta actividad organizaran en la escuela. Una muestra del aprecio que me tuvieron es que la promoción 64 del centro educativo República de Cuba lleva mi nombre. Tampoco me perdía la celebración de la fiesta del Señor de Muruhuay todos los meses de mayo en la Plaza Italia. Decían que bailaba la chonguinada bastante bien.

Ese tres de noviembre regresé cansado, cuando oscurecía. Le pedí a mi madre un trozo de pollo y me metí al cuarto a ver *El Chavo*. Escuché cuando mi padre llegaba con sus amigos heladeros. Uno de ellos era Tomás Livias, que quería colaborar con nosotros para arreglar el desagüe. Muchos años después aparecería como testigo en el juicio contra Fujimori. A Tomás lo tumbaron y lo balearon. Logró salir a rastras del callejón. Un taxista lo recogió y lo llevó a una emergencia. Pasó un año internado en el hospital Dos de Mayo, y estuvo dos años más en rehabilitación. Veintisiete balas lo perforaron y todavía tiene dos en la columna que le arden todo el tiempo. Él vive con una sonda y en su silla de ruedas. Los demás no vivimos para contarla.

En vez de dormir, me paré a buscar a mi madre. La encontré barriendo, le pedí la escoba para ayudarla y me dirigí a la entrada. Entonces vi a varios hombres bajar de una camioneta. Pedro Supo, uno de los Colina, contó en el mismo juicio que me acerqué a ellos y les pregunté quiénes eran. Dijo que me respondieron "somos los de la orquesta", y que yo los escolté al interior.

El infierno empezó cuando sacaron sus metralletas y gritaron que todos se tiren al suelo. Mi madre me encontró sentadito con la escoba entre las manos y con balazos por todo el cuerpo.

Quince personas murieron desangradas en el piso, mi padre entre ellos. Durante dos años el olor a sangre se quedó impregnado en el patio.

Desenlace:

En los tribunales nacionales todavía no hay sentencia por el caso Barrios Altos. La ley de amnistía permitió que en esa fecha se archivara el proceso. Luego la Corte Interamericana dictó una sentencia que obligó al Estado peruano a entregarles una indemnización individual a los familiares. Años más tarde se reabrió el proceso con los juicios contra el Grupo Colina y Fujimori, que todavía no han culminado.

II. La Residencia de Mujeres



Norma Espinoza sobreviviente de La Cantuta

Sobreviví gracias a un grito: ¡Baja a la morena, ella no es! De un jalón me bajaron de la camioneta y me arrastraron varios metros más allá. Luego de patearme dos veces la espalda y de preguntarme quién era Blanco, me dejaron cerca a la residencia de mujeres.

Me llamo Norma Espinoza Ochoa. En julio de 1992 yo era una estudiante de pedagogía que no quería líos. Veía a los tucos y martacos protestando por todo y me burlaba de tanta verborrea. “Con ellos bien de

lejos”, era mi única consigna. Desgraciadamente, mi situación económica me jugó una mala pasada y tuve que pedir alojamiento en la residencia de mujeres, un pabellón de tres pisos ubicado a menos de una cuadra de la base militar que se había instalado dentro de la universidad. Dormíamos tres en cada cuarto. Frente al mío estaba el de Bertila Lozano, recia y aguerrida jugadora de fulbito. Fue la goleadora del campeonato interuniversitario. Siempre andaba con un pantalón negro que después fue encontrado, cubierto de cal, en la fosa de Huachipa donde la enterraron primero. Pero hasta antes de ese 17 de julio era solo mi vecina de cuarto, a la que a veces regalaba un poco de azúcar o un huevo, porque me daba pena que parara misia. Un detalle que me sorprendió es que un día apareciera con el pelo ondulado y medio rubio. Pensé que a Bertila le había entrado la pretensión.

Al otro costado dormía Dora Oyague, la del rostro dulce. Una vez me contó que era católica y que pertenecía a un grupo de teatro parroquial de San Borja. Todavía me parece verla forcejeando desesperada para impedir que la tiraran, en calidad de bulto, al interior de la camioneta Nissan.

La noche del 17 de julio yo había regresado de pasear por Chosica con unas amigas. Hacía frío y la neblina cubría el campus. Me llamó la atención que rondaran más militares de los acostumbrados. Entonces recordé que habían envenenado al perro del profesor Hugo Muñoz, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

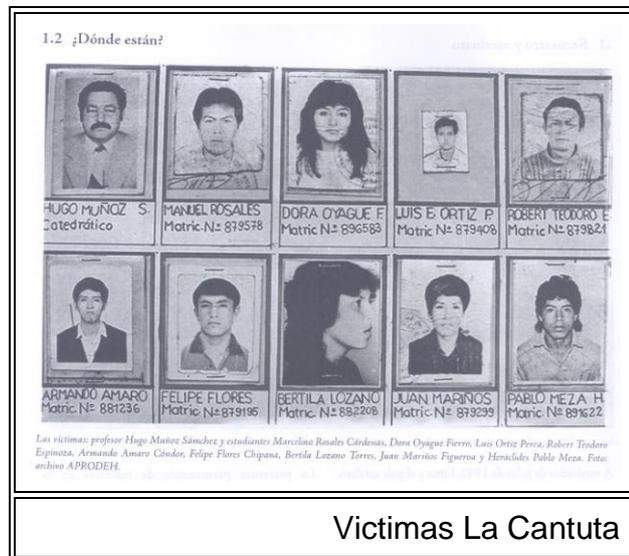
Se escuchaba música en el segundo piso de la residencia. Quince estudiantes conversaban y bailaban. Me fui al tercer piso, a dormir al cuarto de una amiga. Me acuerdo que miré el reloj y eran las tres de la mañana. De pronto escuché un ruido: rompían el candado de la entrada. A partir de ese momento mi memoria se vuelve auditiva: puro grito y llanto retumban en mi cabeza.

Mientras bajaba las escaleras fijé mi vista en las botas y borceguíes de los que me arrastraban. Afuera un encapuchado movía la cabeza asintiendo o negando. Era su veredicto final. Estuve entre las que serían llevadas al matadero. Me amarraron con la chompa roja que tenía puesta y me subieron a la camioneta. Caí encima de unos cuerpos cubiertos con sábanas. Todos lloraban. Pude distinguir un mechón de cabello ondulado medio rubio que estaba descubierto. Luego vino el grito que me salvó y todo lo que ya les he contado.

Después de diecisiete años, para mí este sigue siendo un capítulo sin fin. Unos meses después de lo ocurrido, un profesor me desaprobó en un curso porque dijo que “no había sido solidaria con mis compañeros”. Por otro lado, los militares me iban a buscar a mi casa, me seguían. Actualmente soy una profesora contratada que por segunda vez no logra que la nombren, menos ahora cuando todos me han visto declarando en el juicio contra Fujimori. Yo no quería asistir, pero recibí una citación con carácter obligatorio. Por eso me han visto nerviosa y asustada, harta de repetir lo mismo: que soy una madre soltera a la que le urge borrar un pasado que se sigue materializando cuando descuelgo el teléfono y escucho un atemorizante sonido de sirenas, o cuando tocan a la puerta de mi casa y alguien se esconde entre las sombras.

Desenlace:

Por el caso La Cantuta, ya hay seis militares condenados en el año 2008. Actualmente se está llevando otro proceso penal en el que se encuentran como procesados los generales Luis Pérez Documet, Nicolás de Bari Hermoza Ríos, y Vladimiro Montesinos. Posteriormente ese proceso ha sido ampliado y se ha incorporado a los Colina. Está pendiente también la sentencia a Fujimori por el mismo caso.



Desenlace final:

Javier Ríos es el único que ya no tiene por qué temblar. Norma Espinoza y Tomás Livias, sí. Dos miembros del destacamento Colina han sido liberados. El primero es Douglas Arteaga, el infiltrado que dio información falsa sobre la pollada de Barrios Altos. El otro, Ángel Pino, que estaba siendo procesado por su participación en Barrios Altos y la desaparición del periodista Pedro Yauri y de seis campesinos del Santa. Ambos han sido liberados tras cumplir 72 meses de prisión sin obtener sentencia alguna por estos casos.

Portal desarrollado en colaboración con [CONDESAN-InfoAndina](#)

Source URL: <http://www.revistaideele.com/node/362>